¿Turista conceptista? La irrealidad de la realidad en Quevedo

Henry Ettinghausen
University of Southampton

Lo primero que se me ocurrió cuando recibí la gratísima invitación a participar en este congreso fue pensar en la posibilidad de ofrecer una comunicación sobre la visión que de sus largas estancias en Italia nos brinda Quevedo, pero enseguida me di cuenta de algo de lo que había sido medio consciente desde hacía mucho tiempo: el hecho de que no nos dice prácticamente nada al respecto. Luego pensé que eso mismo quizás fuese algo en lo que merecería la pena indagar, y esta es la idea que me va a servir de punto de partida.

Desde luego, en el corpus quevediano constan numerosos italianos, pero casi siempre se reducen a uno solo: al arquetípico asentista genovés, que aparece únicamente para ser satirizado, siendo uno de los ejemplos más paradigmáticos el que hallamos en el *Buscón:* «uno destos anticristos de las monedas de España», como le denomina Pablos, «con un paje detrás, y él con su guardasol, muy a lo dineroso»[1]. Aparte del fantoche genovés, son muy pocos los italianos que aparecen en su obra, a no ser que sean escritores cuya autoridad busca o rechaza nuestro autor. Lo cual no quiere decir que Italia esté ausente de su obra.

En efecto, Italia figura en numerosos escritos quevedianos, pero da la 'no casualidad' de que esa Italia no sea una Italia digamos 'real', de carne y hueso, sino una Italia más bien inconcreta y abstracta. En definitiva, Italia consta en su obra más que nada como un ente geopolítico, un espacio crucial para los intereses imperiales de España en su pugna (en particular, con Francia) por el dominio de Europa. Muchas veces aparece como la suma de sus estados constituyentes, unos estados que forman un juego de alianzas con o contra una u otra de las dos grandes potencias

[1] Quevedo, *La vida del buscón,* p. 130.

continentales que los procuran dominar. Quevedo percibe a Italia siempre desde el punto de vista de la monarquía española, como un área en la cual España tiene posesiones (Sicilia, Nápoles, el Milanesado), aliados (Génova, Mantua) y un enemigo tradicional (Venecia), y donde tiene que contar, además, con Roma y con la tornadiza Saboya[2].

El escrito más importante y representativo que dedicó Quevedo al papel desempeñado por Italia en la política imperial española es, desde luego, su *Lince de Italia,* pero el mismo tema aflora en varios escritos suyos más, como por ejemplo *La Hora de todos,* escrita probablemente en la década de 1630, en la cual Italia irrumpe no ya tan solo como un ente abstracto, sino hasta alegórico: como (en la palabra de Quevedo) un «volatín» que «por falta de suelo, andaba en la maroma con admiración de todo el mundo: fijos los ejes de su cuerda en Roma y en Saboya»[3]. En esa misma obra, Nápoles se materializa en la forma del caballo desenfrenado que figura en sus armas, lo cual le permite a Quevedo gastar un concepto casi gongorino, aseverando, entre otras muchas cosas, que «el grande Girón [o sea, el duque de Osuna] le había hecho gastar por herraduras las medias lunas del turco»[4].

Un tema íntimamente relacionado con el del papel de Italia en la política europea, y que aparece más de una vez en la obra de Quevedo, es el de la larga experiencia de la política italiana adquirida por el propio autor al servicio del duque de Osuna, virrey, primero de Sicilia (1611-1615) y luego de Nápoles (1616-1620). Al finalizar el reinado de Felipe III, Quevedo se vio tocado por la caída en desgracia del «grande Girón». Uno de los propósitos de sus *Grandes anales de quince días* (cuyo prólogo «Al que leyere» está fechado, desde su exilio en la Torre de Juan Abad, mes y medio después de la llegada al trono de Felipe IV)[5] consiste en autodisculparse, procurando explicar Quevedo cómo, pese a haber sido encarcelado cuando se comenzó a procesar a su amo, él se había librado de cualquier cargo o acusación[6].

[2] En cuanto a la participación de Quevedo en la llamada conjuración de Venecia, avalada por Tarsia, ya hace tiempo que se considera como una fábula (ver, por ejemplo, Crosby, 1955).

[3] Quevedo, *La Hora de todos,* p. 118.

[4] Quevedo, *La Hora de todos,* p. 122.

[5] Resulta evidente que la obra dedicada en 1621 sería una versión primitiva de la que luego se iría aumentando en sucesivas redacciones.

[6] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 743: «Pedí licencia, y víneme a Madrid dos años y medio antes que el duque, lastimado solo con una voz que derramaban de que el duque estaba quejoso de mí, a que nunca ni respondí ni repliqué. Vino el duque echado de Nápoles, y a vista de toda España hizo conmigo más demostraciones de amor que nunca, y tantas caricias, que hubo quien dijese que la desavenencia pasada había sido traza entre los dos; y con estas acciones y favores decía que solo yo le había dicho lo que si [lo] hubiera hecho, no se viera en el estado que lloraba».

En su *Carta del rey don Fernando,* un texto comentado que dedicó a Baltasar de Zúñiga, el poderoso tío del conde duque de Olivares, tan solo tres semanas después de inaugurarse el nuevo reinado, Quevedo hace alarde ante el equipo gubernamental de Felipe IV de su larga y extensa experiencia personal de la política italiana, sin mencionar para nada el nombre de Osuna, quien ya se hallaba en desgracia:

> Lo que he escrito lo he estudiado en el tumulto destos años, y en catorce viajes que me han servido más de estudio que de peregrinación, siendo parte en los negocios que de su real servicio me encomendó su majestad, que está en el cielo, y con Su Santidad y los potentados[7].

Tanto aquí como en el *Lince de Italia,* escrito siete años después, según parece durante otro destierro en la Torre, Quevedo da la impresión de querer dejar bien claro que él podría ser de mucha más utilidad a su patria como consejero político en Palacio que no exiliado de la Corte. Dirigiéndose esta vez directamente al rey, nuestro autor aprovecha la oportunidad para incluir una especie de relación de servicios en la que repite lo que había afirmado en su *Carta del rey don Fernando,* dejando constancia de su carrera diplomática bajo el ya difunto duque de Osuna, para ofrecerse otra vez, implícitamente, al servicio real como consejero o asesor sobre asuntos italianos, ya que, en su opinión, siguen sin haberse resuelto los mismos problemas tocantes a Italia que ocuparon al gobierno de Felipe III[8]. No obstante, incluso en estos escritos, en los que Quevedo hace mención de su propio protagonismo en la política italiana de España, apenas si asoma nada que se parezca, ni de lejos, a un recuerdo personal de sus largas estancias en Italia[9].

[7] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 707.

[8] Quevedo, *Lince de Italia,* pp. 68-69: «Once años me ocupé en el real servicio de vuestro padre (que está en el cielo) en Italia, con asistencia en Sicilia y Nápoles, y noticia y negocios en Roma, Génova y Milán; y esto fue cuando nacía la discordia que hoy dura con señas de vida muy larga. El ministro que seguí fue don Pedro Girón, duque de Osuna, y con él fui al cargo de Sicilia y bajé al de Nápoles. Encargome de los parlamentos de los dos reinos, y de todo lo que se *ofreció en vuestro real servicio, así con la santidad de Paulo V como con los potentados,* y en lo tocante a la restitución del mar Adriático. La calidad de mis servicios el duque de Osuna la certificó por su carta a la majestad de vuestro padre; y su majestad (que está en el cielo) respondió por Consejo de Estado; carta que yo tengo original, con otra de la santidad de Paulo V. Esto, señor, no es ostentarme suficiente para la pretensión, sino acreditarme ejercitado para el advertimiento; y verá vuestra majestad que *catorce viajes, que por mar y tierra en vuestro servicio,* no sin fruto, he hecho, *han tenido más de estudio aprovechado que de peregrinación vagabunda*». Nótese, en cursiva, tres pasajes, los cuales, juntos, casi repiten la cita anterior, tomada de la *Carta del rey don Fernando.*

[9] En *Lince de Italia* hay algunas referencias a actuaciones personales durante sus estancias en Italia. Ver Quevedo, *Lince de Italia,* pp. 76-77: «Así lo entendí

Lo que sí se expresa, y repetidamente, es el principio central que, para Quevedo, ha de regir siempre en la política exterior española, una doctrina que ya se vio plasmada en 1609 en su *España defendida:* la noción de que, en sus relaciones con sus enemigos, España siempre debe tomar la ofensiva. En la *Carta del rey don Fernando* Quevedo reprende la actitud defensiva adoptada por Felipe III frente a Saboya y, por lo contrario, alaba y recomienda la robustez viril de la política seguida antaño por Fernando el Católico, una política seguida luego, por su propia cuenta y a su riesgo, por «el grande Girón»[10]. Sin embargo, como bien sabemos, pese a sus repetidos ofrecimientos, después de la muerte de Felipe III Quevedo no pisó nunca más Italia y no volvió a participar en la política exterior española.

Pues bien, ¿no nos dejó Quevedo nada que se parezca a un recuerdo personal de Italia?[11] Algún que otro recuerdo sí hay, pero no en tanto recuerdo por el recuerdo. Además, cuando a nuestro autor se le presenta la oportunidad de recordar la Italia que conoció, parece que la desecha sin ambages. Así, pues, Italia aparece en tres escritos suyos redactados en su prisión de San Marcos de

---

yo el año de 1613, en Niza, de un vasallo del duque de Saboya, en cuya casa me alojó su furriel, que me dio noticia de la determinación que tenían de entregarse a la majestad de vuestro padre [...] Yo pasé a Génova una noche antes, por mar, el hijo y dos hijas de mi huésped, y de todo di cuenta en Sicilia al duque de Osuna [...] En Tolosa de Francia, el año de 1615, viniendo a España con el parlamento de Sicilia, y estando todo aquel reino en armas por el príncipe de Condé, que contra el rey era cabeza de los herejes, y habiéndome preso en Mompeller los de la religión, por haberles dicho venía con despachos al rey Católico [...] yo satisfice dándoles a entender mi venida, y que era procurador del reino de Sicilia, aunque dentro de tres días, con buenas palabras y no mal tratamiento, me soltaron»; También Quevedo, *Lince de Italia,* p. 77: «Más trabajado me llevaron estas palabras, que otras tres prisiones que padecí antes de arribar a Salsas».

[10] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 706: «El buen modo de conservar la jurisdicción es, no solo mantenerla, sino tener a los vecinos medrosos de su aumento, y que antes aspire a crecer que a sustentarse. [...] El duque de Saboya ha ganado mucho con atreverse a mucho, sin adquirir nada; y nuestras armas han perdido por contentarse con defenderse»; también Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 707: «Es de notar que, como carta de mano del Rey [la *Carta del rey Don Fernando*], es todo fuego, y no se conoce en ella el apocamiento de las civilidades con que algunos secretarios afeminan lo robusto del discurso de los grandes reyes; ni está manchada con dudas recelosas de consejeros, a quien los casos que habían de enojarlos, antes los embarazan y espantan». Nótese cómo Quevedo pone el acento en la autonomía de la autoridad real, a la vez que critica la influencia de consejeros pusilánimes, toques ambos que recuerdan *Política de Dios,* la primera parte de cuya obra Quevedo había dedicado a Olivares el 5 de abril de 1621, o sea menos de una semana después de la llegada al trono de Felipe IV. Para la noción quevediana de política viril, véase Ettinghausen, 1999. Desde 1616, al llegar a Nápoles, el duque de Osuna había enviado tropas al norte de Italia para contrarrestar al duque de Saboya (ver Crosby, 1958, p. 229).

[11] Riandière la Roche, 1988, p. 74, comenta también el hecho de que, aunque en algunos de sus escritos Quevedo alude a su carrera política en Italia, «il en est tout autrement de sa vie privée».

León, unos veinte años después de su vuelta definitiva a España. En el primero, *El martirio pretensor del mártir* (el comienzo, apenas esbozado, de su biografía del padre Marcelo Mastrilli, redactado en 1640), es cierto que figura Nápoles. Sin embargo, esa ciudad, una de las más importantes de Italia, donde Quevedo había pasado tres años de su vida, aparece allí tan solo momentáneamente, pero pura y simplemente por haber sido Mastrilli natural de la misma, condición que justifica el que nuestro autor llame a ese mártir jesuita «el milagro de Nápoles»[12]. Es por esta misma razón casi protocolaria por la que ese escrito va dedicado «A la nobilísima y fidelísima ciudad de Nápoles, por excelencia grande, rica y hermosa»[13], pero lo que dice Quevedo acerca de la ciudad y reino de Nápoles se limita sencillamente a la fórmula sumamente convencional con que empieza su dedicatoria: «Ciudad honor de Italia, corona y cabeza de tan poderoso reino, la más favorecida de naturaleza por el sitio, la más admirada del mundo por el valor; tú, que has merecido el comercio del cielo [o sea, el martirio de Mastrilli]»[14], y nada más.

No obstante, un año después de dejar inconcluso el comienzo de su biografía del mártir jesuita, Quevedo va un poco más lejos y hasta nos confía el recuerdo de un acontecimiento concreto que había presenciado en Nápoles. En *Providencia de Dios,* escrito cuando todavía seguía recluido en San Marcos, Quevedo hace mención de un «hombre que en un aposento de espejos (como yo le vi en casa de Juan Baptista Porta, en Nápoles, hombre curiosamente docto) no ve sino lo que los espejos le representan»[15]. Sin embargo, de dicha curiosa experiencia Quevedo no nos dice ni una palabra más, y resulta evidente que la brevísima mención que hace de la misma no se debe a ningún interés por su parte por deleitarse en un momento autobiográfico. Bien considerado, el hecho de que el aposento de espejos se ubicase en Nápoles no va ni viene, ya que ni siquiera se menciona por su interés intrínseco, sino únicamente con el fin de servir como analogía a una noción metafísica: a saber, lo que sucede «al alma, en el cuerpo cerrado, donde la imaginación la cerca de espejos, que la muestran imágenes, simulacros y formas sin materia»[16].

[12] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 1323.

[13] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 1325.

[14] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 1325. Quevedo ambienta (teóricamente) su comedia *Cómo ha de ser el privado* en Nápoles, pero, por ser el rey Fernando de Nápoles en realidad Felipe IV de España en clave, y el marqués de Valisero un simple acróstico de Olivares, no hace casi nada por resaltar el carácter napolitano del escenario.

[15] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 1411. Esta edición pone equivocadamente «Junta» por «Juan».

[16] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 1411.

En *La caída para levantarse* (escrito también en San Marcos, en 1643) asoma algo que casi se aproxima a un recuerdo personal de Sicilia cuando Quevedo relata cómo San Pablo fue llevado a Mesina por los sicilianos, y luego comenta: «Yo [...] estuve en Mesina (siendo virrey de Sicilia el [...] duque de Osuna) y vi la católica confianza que la ciudad de Mesina y todo su pueblo tiene en esta protección de la Madre de Dios»[17]. Sin embargo, como se ve, el recuerdo está expresado en términos muy poco específicos, pues Quevedo ni tan solo precisa cuál fue el acontecimiento que le permitió apreciar la peculiar devoción mariana de los mesineses[18].

Siendo tan parca la prosa quevediana en recuerdos italianos, podría imaginarse que por lo menos en su poesía, tan variada y dilatada, aparecería retratado algún bello paisaje italiano o alguna que otra de sus famosas ciudades. Pues sí, en efecto, Sicilia aparece en uno de sus sonetos, pero tan solo para hacer un brevísimo acto de presencia.

Se trata de un soneto amoroso, y Sicilia está ahí meramente porque una fuente siciliana –según me ha informado con mucha gentileza Enrica Cancelliere, se trataría de la Fuente Aretusa–, proporciona una metáfora que le permite al protagonista del poema referirse a la crueldad de su dama:

> Hay en Sicilia una famosa fuente
> que en piedra torna cuanto moja y baña,
> de donde huye la ligera caña
> el vil rigor del natural corriente[19].

Sin embargo, cabe observar que tampoco hacía falta haber visitado Sicilia para enterarse de la existencia o de las propiedades de esa fuente, pues en su conocida elegía «Lycidas» el poeta inglés John Milton (1608-1674) también hace mención de la «fountain Arethuse»[20].

Sorprende el hecho de que apenas si encontramos en la poesía de Quevedo recuerdo alguno del paisaje, de las ciudades, de las antigüedades o de los habitantes de esta hermosísima isla. Y no es precisamente que Sicilia, o Nápoles, carezcan de impacto visual. Evidentemente, Quevedo conocía los volcanes que dominaban ambos virreinatos, pero tan solo conozco una descripción queve-

[17] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 1526.

[18] Cuando Sicilia vuelve a mencionarse un par de páginas más adelante (Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 1527), no se trata siquiera de un recuerdo expresado con suma vaguedad, sino sencillamente de una cita tomada de un libro publicado en Palermo: Rocco Pirri, *Notitiae Siciliensium ecclesiarum* (Panormi, ex Typographia Ioannis Baptistæ Maringhi, 1630).

[19] Quevedo, *Poesía original completa,* núm. 354, vv. 1-4.

[20] Milton viajó a Italia, pero sin llegar a Sicilia, en la primavera de 1638, año de la publicación del citado poema.

diana de uno de los mismos casi «porque sí». Se trata del Etna y de la amenaza que representa para la ciudad de Catania:

En su falda, Catania, amedrentada,
cultiva sus jardines ingeniosa;
yace la primavera amenazada;
con susto desanuda cualquier rosa;
insolente la llama, despeñada,
lamer las flores de sus galas osa:
parece que la nieve arde el invierno,
o que nievan las llamas del infierno.
Soberbio, aunque vencido, desde el suelo
al cielo arroja rayos y centellas;
con desmayado paso y tardo vuelo,
titubeando, el sol se atreve a vellas;
en arma tiene puesto siempre al cielo
medrosa vecindad de las estrellas,
cuando de combatir al cielo airado
los humos solamente le han quedado[21].

Sin embargo, cabe observar que, en el contexto del poema en que se halla esta hermosa descripción –el de la jura del príncipe Baltasar Carlos en 1632–, el Etna figura menos como tal que como símbolo o metáfora de las fuerzas extranjeras que desafían el poder de la monarquía española.

El Etna aparece también en otro poema quevediano de tema político, y aquí también como símbolo o metáfora. Dirigido en una versión a Felipe III, y en otra a Felipe IV, el soneto «Escondido debajo de tu armada» termina comparando al Etna, aparentemente, con la violencia eruptiva de los enemigos protestantes de España:

Pues tus vasallos son el Etna ardiente,
y todos los incendios que a Vulcano
hacer el metal rígido obediente;
arma de rayos la invencible mano,
caiga roto y deshecho el insolente
belga, el francés, el sueco y el germano[22].

En efecto, llama la atención la ausencia en la obra de Quevedo de cualquier descripción, como tal, del Vesubio o del Etna. En su famoso soneto a la muerte de Osuna, «Faltar pudo su patria al grande Osuna», nuestro poeta incluye ambos volcanes, pero no por el efecto emocional que podían haber tenido en él, o en su

[21] Quevedo, *Poesía original completa,* núm. 235, vv. 169-76. Debo el conocimiento de este pasaje a la amabilidad de Alessandro Martinengo, quien me la señaló en el debate que suscitó la presente comunicación.

[22] Quevedo, *Poesía original completa,* núm. 219, vv. 9-14.

amo, sino únicamente para que figuren metafóricamente como testigos de las hazañas del duque. Si en este soneto el Vesubio y el Mongibelo (o sea, el Etna) humean, lo hacen por puro compromiso, en señal de luto respectivamente por Parténope (Nápoles) y Trinacria (Sicilia), rezando así los versos 9-10:

> En sus exequias encendió al Vesubio
> Parténope, y Trinacria al Mongibelo[23].

Sin embargo, las más de las veces, ambos volcanes le sirven a Quevedo, de forma parecida que la fuente siciliana, como metáforas en poemas amorosos. Así, un soneto suyo, cuyo título en algunas versiones reza «Al Vesubio, que interpoladamente es jardín y volcán», después de haber definido el volcán ingeniosamente como «salamandra frondosa», «jardín piramidal» y «fénix cultivada», termina en el último terceto equiparando la ebullición volcánica del Vesubio con la pasión del sujeto locutor:

> ¡Oh monte!, emulación de mis gemidos;
> pues yo en el corazón, y tú en las cuevas,
> callamos los volcanes florecidos[24].

En otro soneto, titulado «Compara con el Etna las propiedades de su amor», el locutor pone de relieve el hecho de que ese volcán puede quedar nevado, para terminar el poema quejándose de la frialdad del rechazo que recibe su pasión:

> Si yo no fuera a tanto mal nacido,
> no tuvieras, ¡oh Etna!, semejante,
> fueras hermoso monstruo sin segundo.
> Mas como en alta nieve ardo encendido,
> soy Encelado vivo, y Etna amante,
> y ardiente imitación de ti en el mundo[25].

Sin embargo, el mismo volcán podía aprovecharse también como metáfora en una poesía moral. En la primera «Peste» de *Virtud militante,* Quevedo compara la envidia con el Etna, citando unos versos latinos que traduce de la forma siguiente:

[23] Quevedo, *Poesía original completa,* núm. 223, vv. 9-10.
[24] Quevedo, *Poesía original completa,* núm. 302, vv. 12-14.
[25] Quevedo, *Poesía original completa,* núm. 293, vv. 9-14. Uno de sus idilios, una «Lamentación amorosa», incluye los versos: «Tú, Etna, que en incendio desatado / das magnífico túmulo al gigante» (Quevedo, *Poesía original completa,* núm. 390, vv. 45-46).

No puede arder el Etna
fuera de sí otra cosa;
así la invidia a sí se quema sola,
y no a los otros; arde el invidioso
con la invidia interior y exteriormente[26].

En este respecto, como en tantos otros, existe un contraste muy evidente entre Quevedo y Góngora, pues este último no solamente se interesa, sino que se apasiona, por la apariencia física de las cosas, como se ve a lo largo de las *Soledades,* en las que se hace hincapié una y otra vez en los colores y las texturas de innumerables sustancias: pieles, plumas, escamas, etc. Además, resulta evidente que a Góngora le fascinaban los procesos y las fuerzas naturales, como por ejemplo la evaporación del agua (descrita en *Soledad* I, vv. 34-41) o el magnetismo (*Soledad* I, vv. 379-92), mientras que, como demuestra el caso citado del aposento de espejos de Nápoles, a Quevedo el fenómeno físico parece interesarle menos por sus cualidades intrínsecas que por poderse prestar a servir como metáfora de un concepto metafísico.

Es aleccionador el contraste que presentan con Quevedo dos autobiógrafos españoles coetáneos suyos que también pasaron largos años en Italia: Alonso de Contreras y Diego Duque de Estrada. Tanto en su *Derrotero* del Mar Mediterráneo como en su *Discurso de mi vida,* Contreras describe brevemente muchos de los numerosísimos lugares que menciona, y en algunas ocasiones explica hechos o leyendas asociados con los mismos que, evidentemente, le habían llamado la atención[27]. Por su parte, en sus *Comentarios del desengañado de sí mismo,* Diego Duque de Estrada ofrece algunas veces hasta una página entera de descripción casi 'turística' de las principales ciudades que recorre. Tal es el caso, por ejemplo, de sus descripciones de Pisa y de Nápoles[28]. Sin embargo,

[26] Quevedo, *Obras completas,* vol. 1, p. 1234.

[27] Buen ejemplo de ello sería lo que cuenta en su *Vida* acerca de la Isla de la Lampedosa. Después de describir brevemente su puerto, Contreras, *Discurso de mi vida,* pp. 95-96, afirma: «Dicen [que la isla] está encantada y que en esta isla fue donde se dieron batalla el rey Rugero y Bradamonte, para mí fábula» y luego explica algo que asevera es pura verdad: el hecho de que los cristianos dejan limosnas de comida a la imagen milagrosa de la Virgen que está allí en una cueva, y los turcos a la tumba de un morabito turco, que está al otro lado de la misma cueva, para que los esclavos de ambas religiones que logran huir puedan sustentarse hasta que sean rescatados por bajeles amigos. Además, según cuenta Contreras, únicamente los bajeles de la Orden de San Juan de Malta pueden llevarse parte de la limosna del altar de la Virgen si la dejan en la Iglesia de la Anunciada en Trapani: «Y si otro lo toma no hay salir del puerto» (Contreras, *Discurso de mi vida,* p. 97).

[28] Duque de Estrada, *Comentarios,* pp. 176-77, 187-88. Si bien no dejó una descripción de Palermo, sí relata varios actos que tuvieron lugar en esta ciudad, en particular las fiestas celebradas en noviembre de 1623 con motivo del nacimiento de una infanta (p. 310) y la entrada triunfal en el puerto de la armada

quizás donde mejor se aprecia el contraste entre Quevedo y ambos autobiógrafos es en el hecho de que tanto Contreras como Duque de Estrada pretenden haber presenciado la espantosa erupción del Vesubio ocurrida en diciembre de 1631, una erupción que ambos describen en términos gráficos: Contreras con su acostumbrado laconismo, Duque de Estrada en un estilo mucho más culto y prolijo[29].

Por supuesto, podría argumentarse que el tratamiento que dan Contreras y Duque de Estrada a lugares concretos se debe a las convenciones del género autobiográfico. Sin embargo, otros escritores de la época también hacen alarde de sus conocimientos del mundo, sean estos personales, o bien librescos. Sin ir más lejos, cabe recordar cómo sitúa Cervantes la acción de sus novelas en lugares que se esmera en evocar: *Rinconete y Cortadillo* en Sevilla, *La ilustre fregona* en Toledo, *La española inglesa* en Londres, etc., o bien cómo describe la ciudad y el puerto de Barcelona hacia el final del *Quijote*. En lo que le toca a Italia, entre otros muchos pasajes significativos, cabe recordar uno bastante extenso, hacia el comienzo de *El licenciado Vidriera,* en el cual el narrador explica la llegada a Génova de Tomás Rodaja y su primer encuentro con los vinos del país, que se van nombrando uno a uno, con las rubias genovesas y con «la gentileza y gallarda disposición de los hombres»[30], antes de dar un repaso, casi estilo folleto turístico, a las principales ciudades de Italia y de Flandes, por las que pasa Tomás en esa especie de 'Grand Tour', o viaje cultural[31].

Sería lícito objetar que los casos aludidos corresponden a obras de ficción, y que no es apropiado comparar con ellas otros géneros tales como tratados políticos o poesías. Por ello valdría la pena preguntarnos qué es lo que hace Quevedo, en este respecto, en la novela que escribió él. Podría pensarse que, por lo menos en *El Buscón,* Quevedo se interesaría por situar la acción geográficamente, sobre todo cuando el protagonista viaja de una ciudad a otra –Segovia, Alcalá, Madrid, Toledo, Sevilla–. Sin embargo, lo que hace es que Pablos relate los itinerarios de sus viajes con un mínimo de detalles, limitándose casi siempre únicamente a registrar el nombre de los lugares por los que pasa. Así, en su viaje de Alcalá a Segovia, Pablos encuentra al arbitrista «pasado Torote», al diestro después de Torrejón, quedándose con él en una posada en

---

victoriosa del marqués de Santa Cruz en junio de 1624 (pp. 322-23). Véase también el pequeño poema épico que escribió sobre la misma victoria naval (Duque de Estrada, *Octavas rimas*).

[29] Ver Contreras, *Discurso de mi vida,* pp. 230-32; Duque de Estrada, *Comentarios,* pp. 401-408.

[30] Cervantes, *Novelas ejemplares,* vol. 2, p. 48.

[31] Cervantes, *Novelas ejemplares,* vol. 2, pp. 48-51. Para las numerosas referencias a Sicilia en la obra de Cervantes, ver Ruta, 2001.

Rejas, y luego encuentra al clérigo poeta en un punto del camino que ni tan siquiera se nombra[32]. La introducción de nuevos lugares en los que el protagonista-narrador pasa varios días, y hasta semanas, suele hacerse de la misma forma. Su llegada a Alcalá es típica por su forma de evitar entrar en detalles: «Con estas y otras cosas, llegamos a la villa; apeámonos en un mesón»[33]. En cuanto a su llegada con el clérigo a Madrid, Pablos no la narra, a pesar de ser, presumiblemente, esta la primera vez que pisa la Villa y Corte, dedicándose, por lo contrario, a citar por extenso la «Premática contra los poetas güeros» y a comentar los despropósitos proferidos al respecto por el sacristán coplero. Cuando explica su viaje de vuelta a Segovia con el fin de recoger su herencia, Pablos no es más explícito en lo que toca a los lugares que vio por el camino[34], y, al comienzo del Libro III, cuenta su llegada a Madrid con don Toribio de forma igualmente lacónica: «Entramos en la Corte a las diez de la mañana. Fuímonos a apear, de conformidad, en casa de los amigos de don Toribio»[35]. Más adelante, su llegada a Toledo sigue las mismas pautas: «Y con tanto, llegamos a Toledo», sin comentario alguno[36], mientras que su viaje a Sevilla le merece únicamente un adverbio: «Pasé el camino de Toledo a Sevilla prósperamente»[37].

Quevedo no permite que Pablos muestre el más mínimo interés en revelar sus impresiones de ninguna de las ciudades que recorre, limitándose tan solo a ubicar tal o cual episodio en una plaza o calle determinada, de la que no nos cuenta absolutamente nada[38].

[32] Quevedo, *La vida del buscón,* pp. 105, 107, 110 y 114.

[33] Quevedo, *La vida del buscón,* p. 84. Del viaje de Segovia a Alcalá, solamente se menciona la noche que pasan Pablos y don Diego en la venta de Viveros.

[34] Pablos empieza a «caminar para el puerto [de Guadarrama]» y, después de topar con el falso soldado y el ermitaño, y quedarse los tres una noche en Cercedilla, al día siguiente encuentran al genovés, y luego «En estas pláticas, vimos los muros de Segovia» (Quevedo, *La vida del buscón,* pp. 123, 126, 128, 130 y 131). Después de recoger su herencia, en su viaje de Segovia a la corte, Pablos encuentra a don Toribio en un punto del camino que no se define (p. 141), y tan solo nombra un lugar: «las Rozas, adonde nos quedamos aquella noche» (p. 149).

[35] Quevedo, *La vida del buscón,* p. 151.

[36] Quevedo, *La vida del buscón,* p. 210.

[37] Quevedo, *La vida del buscón,* p. 220.

[38] El episodio del Rey de Gallos ocurre en la Plaza Mayor de Segovia, pero solamente porque allí es donde está el mercado y, por ende, las 'revendederas' que tiran verduras. El episodio del robo del «cofín de pasas» ocurre en la Calle Mayor de Alcalá (Quevedo, *La vida del buscón,* p. 97); después de robar las espadas de la ronda de Alcalá, Pablos dice: «emboqueme por una callejuela que va a dar a la Vitoria» (p. 100). Refiriéndose a su llegada a Alcalá, Pablos explica: «Antes que anocheciese, salimos del mesón a la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque ésta teníamos entre tres moradores diferentes no más» (p. 85) (nótese cómo no hay ningún intento de complicar una manera muy clara de expresarse); una narración concisa y directa; pero sin descripción alguna de Alcalá o del «patio de estudiantes»; únicamente el suficiente indicio como para

Así, no sabemos en qué barrio o parroquia de Segovia vivían ni sus padres, ni la familia Coronel, ni el licenciado Cabra, y cuando nos enteramos del lugar donde vivía su tío, el verdugo, es evidente que el detalle se incluye puramente con fines satírico-burlescos: «Tenía mi buen tío su alojamiento junto al matadero»[39]. En resumidas cuentas, a diferencia de muchos de sus contemporáneos, hasta en su modalidad novelística nuestro autor otorga una importancia ínfima a los escenarios concretos en los que se desarrolla la acción.

Por el contrario, en lo que sí se explaya Quevedo, desde luego, es en la descripción satírico-burlesca de personajes y acciones, y es allí donde ofrece algunos de los pasajes más memorables de la novela, pasajes en los que el narrador se expresa muchas veces de una forma grotesca que raya en lo surreal. El ejemplo más destacado es, por supuesto, la famosa descripción del licenciado Cabra, pero podrían citarse muchos más, como, pongamos por caso, la narración del estado en que quedan Pablos y Don Diego al salir de la casa del dómine:

> Echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos de el hambre. Trujeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara, y a mí [...] en buen rato no me los hallaron. [...] Mandaron los dotores que, por nueve días, no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque, como estaban güecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra[40].

Como dice Lía Schwartz, al comentar la manera de describir Quevedo los tipos que ridiculiza en sus obras satíricas:

> Poco importa la verosimilitud de estas variaciones sobre tipos satirizados. Lo fundamental parece siempre la posibilidad de imaginar nuevas metáforas o figuras retóricas hasta el punto que el lector se concentra en el discurso mismo y no en su valor referencial. Las imágenes

---

localizar el patio en la ciudad. Más adelante, Pablos sí menciona, de pasada, varias iglesias, parroquias y calles madrileñas: San Luis (p. 158), San Jerónimo (p. 161), la puerta de Guadalajara (p. 164), la calle Mayor y la de Carretas (p. 165), luego el Prado (p. 188), la Casa de Campo (p. 191), «la calle del Arenal a San Filipe» (p. 195), Palacio (p. 198), la Puerta del Sol y la calle de la Paz (p. 200). Una vez en Sevilla, Pablos nos cuenta: «Fuime luego a apear al mesón del Moro» (p. 222), y nombra «la calle de la Mar» y «la Iglesia Mayor» (p. 225).

[39] Quevedo, *La vida del buscón,* p. 132.

[40] Quevedo, *La vida del buscón,* pp. 76-77. Compárese otra famosa descripción, igualmente exagerada: «Era de ver a uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oración a cada uno, como sacerdote que se vista. A cuál se le perdía una pierna en los callejones de las calzas y la venía a hallar donde menos convenía asomada. Otro pedía guía para ponerse el jubón, y en media hora se podía averiguar con él» (Quevedo, *La vida del buscón,* p. 156).

adquieren una presencia casi física y se convierten en el centro de atención de la lectura[41].

Cabe recordar las conexiones que apunta el mismo Quevedo entre su obra satírica y la pintura del Bosco y de Arcimboldo[42].

Si la novela picaresca creada por Quevedo huye la descripción de lugares concretos, podríamos preguntar qué es lo que pasa cuando toca otro género –el periodismo–, que se dedicaba precisamente a plasmar en palabras realidades concretas, supuestamente con el fin primordial de informar. En una carta escrita al duque de Osuna el 21 de noviembre de 1615 en la que comenta la boda de Ana de Austria con Luis XIII de Francia, Quevedo deja muy claro que no va a entrar en detalles al describir el atuendo de los asistentes, algo que era de rigor para los relacioneros de la época[43]. Tanto para Quevedo como para Lope y Gracián, una prosa puramente descriptiva debía parecer sencillamente *prosaica,* de poca monta, desprovista de toda aspiración a demostrar agudeza o arte de ingenio[44]. Al igual que muchos de los máximos creadores de obras literarias de la época, resulta evidente que Quevedo consideraba el periodismo como un género menospreciable, una especie de infraliteratura.

Que esto sea así lo demuestra también la carta-relación escrita por Quevedo al marqués de Velada cuando, en el invierno de 1624, nuestro autor acompañó a Felipe IV en su viaje oficial a Andalucía. Esta carta-relación –el propio Quevedo declara: «Esta es la vida de que pudieron hacer relación a V. E.»[45]–, es una sarta de chistes, una versión burlesca del periodismo de la época[46]. Refiriéndose a la noche que pasó en Aranjuez, Quevedo afirma que «don Enrique y yo tuvimos dos obleas por colchones, y sin almohadas. Dormí con pie de amigo; soñé la cama, tal era ella»[47]. Del viaje a Linares por caminos llenos de lodo, dice que fue «jornada

[41] Schwartz Lerner, 1986, p. 262.

[42] Fue Ignacio Arellano quien, en el debate que suscitó la presente comunicación, señaló muy acertadamente la relevancia de las artes visuales para el tema que trato. Para el impacto en Quevedo del Bosco y de Arcimboldo, ver, entre otros estudios, Levisi, 1963 y 1968.

[43] Quevedo, *Epistolario completo,* p. 23: «no cuento a v. ex.ª el numero de acémilas ni digo lo acostumbrado de cordones de seda[,] reposteros bordados y garrotes de plata por ser cosa tan cierta».

[44] Ver Ettinghausen, 2000.

[45] Quevedo, *Epistolario completo,* p. 115.

[46] En esta misma carta nuestro autor se mofa del relacionero más conocido del momento, Andrés de Almansa y Mendoza, llamándole «el negro en duda y mulato de contado» (Quevedo, *Epistolario completo,* p. 117). En su respuesta, el marqués de Velada contesta: «Andrés, aquel anochecido de rostro, tan Mendoza por línea curva como mulato por línea recta, ha enviado aquí quejas de que vuesa merced escribe las nuevas sin su licencia» (Quevedo, *Epistolario completo,* p. 121).

[47] Quevedo, *Epistolario completo,* p. 115.

para el cielo y camino de salvación, estrecho y lleno de trabajos y miserias. [...] Oíanse lamentos de arrieros en pena, azotazos y gritos de cocheros, maldiciones de caminantes. Los de a pie sacaban la pierna de donde la metieron, sin media ni zapato; y hubo alguno que dijo: "¿Quién descalza allá abajo?" Parecía un purgatorio de poquito»[48]. Luego, jugando con el equívoco 'compañía' / 'Compañía de Jesús', Quevedo sigue explotando metáforas teológico-eclesiásticas: «Hase juntado hoy Hortensio ante esta cofradía, y vamos para los peligros con confesor, y para los gustos con compañía»[49]. Sin embargo, incluye también muchos chistes harto seglares[50].

Puede parecer injusto, y hasta impertinente, hablar de lo que se puede encontrar a faltar en un autor, sobre todo tratándose de un autor tan productivo, tan polifacético y tan genial como lo fue Quevedo. Sin embargo, posiblemente pueda ayudar a hacer resaltar precisamente el carácter y las cualidades de una personalidad artística pensar en los temas que deja de tratar, en lo que está ausente de su obra, en sus silencios. De todas formas, el mundo cotidiano y material no está totalmente ausente del corpus quevediano. Una realidad 'real' y transparente –aunque, como hemos visto, no la descripción de lugares concretos–, aparece en algunos de los pasajes narrativos del *Buscón*[51].

Una de las razones por las que fascina su correspondencia es, sin duda, precisamente por la presencia en la misma de pasajes que atestiguan la capacidad de nuestro autor, por lo menos a nivel personal y en un plan de intimidad, de tratar de cosas vulgares y corrientes, algunas veces con amargura o sarcasmo, y casi siempre con humor e ingenio[52]. Ahí están, sobre todo, las cartas que dirigió en el último decenio de su vida a Sancho de Sandoval, al duque de Medinaceli y a Francisco de Oviedo, cartas en las que se muestra capaz de advertir: «yo me truje una docena de salchichas, y [...] están celestiales»; o bien de pedir «un par de posturas de clavel, de unas peras que dice don Alonso se hacen ahí muy grandes de olivo bueno, de peras bergamotas y de ciruelas de fraile»; o

[48] Quevedo, *Epistolario completo,* pp. 116-17.

[49] Quevedo, *Epistolario completo,* p. 118.

[50] El estilo satírico-burlesco de esta carta-relación recuerda el de las que había escrito Quevedo al duque de Osuna durante sus estancias en Madrid. Crosby, 1956, p. 1121, comenta los conceptos gastados en la carta fechada en 16 de diciembre de 1615.

[51] Considérese, por ejemplo, el siguiente: «Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje; era una media camita, y otra de cordeles con ruedas para meterla debajo de la otra mía y del mayordomo, que se llamaba Baranda, cinco colchones, ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demás zarandajas de casa» (Quevedo, *La vida del buscón,* p. 78).

[52] Ver Riandière la Roche, 1988, p. 84: «Ainsi ne trouverons-nous de confidences que dans ses lettres aux plus intimes de ses amis, ou dans des documents promis au secret»

de informar que «Aquí hace tiempo ciego, que es menester luces a mediodía. Ni han sembrado, ni pueden, ni hay pan; los más le comen de cebada y centeno; cada día traemos pobres muertos de los caminos, de hambre y desnudez. La miseria es universal y ultimada»; o de relatar cómo «Yo, señor, tengo anegada la cueva de esta casilla, y ha mes y medio que no he salido sino a oír misa los días de fiestas, nadando»[53]. Y escribió por lo menos un poema en el que evoca un paisaje: su silva al Yelmo de Segura de la Sierra, un monte que habría visto en sus visitas a Sancho de Sandoval en Beas de Segura[54].

De la misma manera que se habla del sentido del humor, o del sentido de la historia, sería interesante poder hablar del sentido del lugar o del sitio, algo parecido a lo que en inglés se entiende por «a sense of place». En cuyo caso, por lo que he ido diciendo, se comprenderá que ese es un sentido que encuentro algo a faltar en Quevedo. Sin embargo, quizás fuese casi necesario que faltase para poder dejar lugar a los extraordinarios conceptos ingeniosos y a las exuberantes irrealidades (o, quizás mejor, surrealidades) que fue capaz de producir esa mente tan sumamente genial.

[53] Quevedo, *Epistolario completo,* pp. 272, 373, 390, 393.

[54] Quevedo, *Poesía original completa,* núm. 402. Ver también Sánchez Sánchez, 2002, cap. 2, «Sancho de Sandoval y Beas de Segura».

Bibliografía

Cervantes Saavedra, M. de, *Novelas ejemplares,* ed. H. Sieber, Cátedra, Madrid, 1991, 2 vols.

Contreras, A. de, *Discurso de mi vida,* ed. H. Ettinghausen, Madrid, Espasa Calpe, 1988.

Crosby, J. O., «Quevedo's Alleged Participation in the Conspiracy of Venice», *Hispanic Review,* 23, 1955, pp. 259-73.

Crosby, J. O., «Quevedo and the Court of Philip III: Neglected Satirical Letters and new Biographical Data», *Publications of the Modern Language Association,* 71, 1956, pp. 1117-26.

Crosby, J. O., «Nuevos documentos para la biografía de Quevedo, 1617-1621», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo,* 3, 1958, pp. 229-61.

Duque de Estrada, D., *Comentarios del desengañado de sí mismo. Vida del mismo autor,* ed. H. Ettinghausen, Madrid, Castalia, 1982.

Duque de Estrada, D., *Octavas rimas a la insigne victoria conseguida por el marqués de Santa Cruz,* ed. H. Ettinghausen, Exeter, University of Exeter, 1980.

Ettinghausen, H., «Austeridad viril *vs.* consumismo afeminado: Quevedo ante el final del reinado de Felipe II», *La Perinola,* 3, 1999, pp. 143-55.

Ettinghausen, H., «¿Lope reportero?: su *Relación de las fiestas de San Isidro*», *Anuario Lope de Vega,* 6, 2000, pp. 93-105.

Levisi, M., «Hieronymus Bosch y los *Sueños* de Francisco de Quevedo», *Filología,* 9, 1963, pp. 163-200.

Levisi, M., «Las figuras compuestas en Arcimboldo y Quevedo», *Comparative Literature,* 20, 1968, pp. 217-35.

Quevedo, F. de, *Epistolario completo,* ed. L. Astrana Marín, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1946.

Quevedo, F. de, *La Hora de todos,* ed. L. López-Grigera, Madrid, Castalia, 1979.

Quevedo, F. de, *La vida del buscón,* ed. F. Cabo Aseguinolaza, Barcelona, Crítica, 1993.

Quevedo, F. de, *Lince de Italia u zahorí español,* ed. I. Pérez Ibáñez, Pamplona, Eunsa, 2002.

Quevedo, F. de, *Obras completas,* ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1960-1961, 2 vols.

Quevedo, F. de, *Poesía original completa,* ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.

Riandière la Roche, J., «Discours autobiographique de Quevedo», en *Écrire sur soi en Espagne: modèles et écarts. Actes du IEE Colloque International d'Aix-en-Provence, Études Hispaniques 14,* Aix-en-Provence, Université de Provence, 1988, pp. 73-87.

Ruta, M. C., «Cervantes y el "granero de Italia"», en *Cervantes en Italia. Actas del X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas,* ed. A. Villar Lecumberri, Palma de Mallorca, Asociación de Cervantistas, 2001, pp. 387-96.

Sánchez Sánchez, M., *Cartas de Quevedo: el manuscrito Barnuevo,* Tesis doctoral, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 2002.

Schwartz Lerner, L., *Quevedo: discurso y representación,* Pamplona, Eunsa, 1986.